
La enseñanza de la historia en el porfiriato

Alejandro C. Tortolero Villaseñor

Hace algún tiempo, en una discusión acerca de la teoría althusseriana de la historia, Pierre Vilar establecía que para comprender en forma plena el significado de la historia como una disciplina si no científica por lo menos razonada, era menester tener una educación histórica, cosa que para nosotros es totalmente cierta.¹

Es decir, la enseñanza de la historia ofrece elementos determinantes para concebir a la materia en una forma específica. Así, a través de cada uno de los acercamientos que un sujeto tenga con el pasado se irá formando su idea de la historia. Por ello no es el mismo concepto que se tiene del pasado en las primeras aproximaciones a él —como se hace con los recuerdos familiares, los acercamientos a los monumentos públicos, etcétera—, que cuando ya se ha tenido una segunda cita con la historia a través de los numerosos cursos escolares que se ofrecen en primaria y secundaria. Aquí la materia adquiere otro contenido, ya no es la simple narración del árbol genealógico familiar, sino que ahora la historia didáctica, moralizante en algunos casos, “maestra de la vida”, será la que domine el discurso. Por lo anterior, pensamos, junto con Stefan Zweig, que:

“Antes aun de que pudiéramos contemplar bien el mundo se nos pusieron unos lentes para que pudiéramos contemplar bien el mundo no con una mirada ingenua y humana, sino desde el ángulo del interés nacional ver que nuestra patria, en el curso de la historia, tuvo siempre

¹ Vilar, Pierre, *et. al. Althusser, Método Histórico e Historicismo*, Ed. Anagrama, México, 1972, p. 22.

razón, y que pase lo que pase, en adelante siempre la seguirá teniendo".²

De acuerdo a esto, lo que intentaremos hacer en este artículo es analizar el tipo de "lentes" que se imponen a la enseñanza de la historia en el período porfirista, tratando de aclarar, al propio tiempo, los resultados que esta práctica arroja. Dicho de otra forma, tomaremos algunos aspectos de la enseñanza de la historia impartida en los textos oficiales adoptados por las escuelas oficiales del porfiriato, para observar el concepto que se tenía de la materia que ahora estudiamos. Para ello dividiremos el período de estudio en dos etapas que marcarán sus propias características en la enseñanza de la historia y en el ambiente educativo en general.

La primera etapa, 1877 a 1889, la hemos llamado la "herencia del liberalismo" debido a que los postulados educativos liberales serán retomados en su mayoría en el ideario educativo de este primer período. Para la segunda etapa, 1889 a 1911, el nacionalismo y el cientificismo se incorporan en la teoría y práctica educativa del régimen porfirista conformando nuevas tendencias educativas que nos enfrentan a una enseñanza de la historia distinta a la realizada al inicio del porfirismo.

I. La herencia del liberalismo

El período que ahora estudiamos, comprendido entre 1877 y 1889, se caracterizó por la fuerte influencia heredada del movimiento liberal. Sin embargo durante este período aquí empezaron a manifestarse algunas ideas centrales en el pensamiento

² Citado en González, Luis. *Nueva Invitación a la Microhistoria*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 11.

porfirista tales como los conceptos de paz, orden y progreso, lo que hizo que se diera, en el terreno de los textos de primaria, un ligero enfrentamiento entre las ideas liberales y las nuevas corrientes surgidas en este período.³

Si bien es cierto que en el liberalismo ya se habla de ideas como las de progreso, éste se entiende como algo espiritual, esto es, se asocia el concepto de progreso con el de educación, formándose la premisa de a mejor educación mayor progreso; de esta manera, para progresar había que extender la educación. Sin embargo en el porfiriato el progreso aparece unido a lo material: un país progresista sería aquel que tuviese ferrocarriles, telégrafos, edificios, etcétera. Y precisamente este cambio de ideas es el que aparecerá levemente en los textos analizados en esta etapa.

Este primer período se desarrolla bajo los gobiernos de Porfirio Díaz, en su primero y segundo período, y de Manuel González. En el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública estuvieron Ignacio Ramírez, Protasio Tagle, Ignacio Mariscal, Ezequiel Montes y Joaquín Baranda.

A. El ambiente educativo

En los primeros doce años del porfiriato las tesis educativas del liberalismo tendrán una influencia decisiva, es decir, en este período la educación laica, obligatoria y gratuita para el pueblo, y la educación basada en la ciencia serán parte importante en los ideales educativos del nuevo régimen.

³ Para mayor información al respecto véase, Tortolero, Alejandro. *El porfiriato, los propietarios de los héroes y la enseñanza de la historia*, Tesina de Licenciatura presentada en la UAM, México, 1981, pp. 18-21.

A partir de 1867, con la Ley Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal promulgada por el presidente Juárez, la enseñanza elemental adquiere características bien definidas. En esta ley se daba unidad a la enseñanza y se declaraba gratuita y obligatoria la educación elemental. Además se establece la Escuela Nacional Preparatoria que vendría a reformar el pensamiento educativo de la época ya que a través de ella la enseñanza científica se impondría definitivamente a la religiosa.

Esta ley de 1867 será retocada en 1869, fecha en que se aprueba una nueva ley que básicamente atendería lo siguiente: establecer una amplia libertad de enseñanza, facilitar y propagar cuanto sea posible la educación popular, difundir las ciencias exactas, reforzar y perfeccionar la enseñanza secundaria con la creación de escuelas especiales y mantener los gastos dentro de la cantidad asignada al presupuesto.⁴

Si bien estas leyes estaban limitadas al Distrito Federal y territorios de Baja California, sí podemos decir que tuvieron una fuerte influencia a nivel nacional ya que en la mayoría de los estados se decretó la Instrucción Pública gratuita y obligatoria. Con esto las ideas liberales de progreso basado en la extensión y difusión de la educación y de sus programas tornábanse accesibles.

Esta instrucción, al menos en teoría, debía basarse en un método que permitiera acercarse a la verdad. Por ello Gabino Barrera propone que haya un fondo común de verdades de las que todos partamos y habla de un método, el positivo, que

⁴ Véase Monroy, Guadalupe. "Instrucción Pública", en Luis González, et. al., *La República restaurada—La vida social*, Ed. Hermes, 2a., p. 667. México, (Daniel Cosío Villegas. *Historia Moderna de México*, III).

era el camino más seguro para establecer dicho "fondo común". Este método es "... una combinación del silogismo, aprendido a través de los procedimientos de las matemáticas con la inducción y se basa en la observación y la experimentación".⁵

Cualquiera que haya sido el método, lo esencial es que al postular los estudios científicos, se tiende a eliminar la metafísica de la educación y con ello la enseñanza religiosa sufre un fuerte golpe.

Aunque tenían componentes nuevos, las ideas educativas del liberalismo seguirán vigentes en esta primera etapa del porfiriato. Por esto Díaz establece que la educación debía ser popular y práctica, esto es, que se propagara a la mayor parte de la población y que se basara en el aprendizaje de la ciencia.

De esta forma las tesis de educación popular y científica serán bases ideológicas de la labor educativa del Estado durante el período de 1867 a 1889. Sin embargo la educación científica aún no se impone en los textos de historia de la primera década del porfiriato, aunque ya haya una tendencia por presentar a la Historia como una narración verdadera y comprobable.

B. Los textos de historia

Al asumir Díaz la presidencia en 1877 ya hay una serie de libros de historia heredados de regímenes anteriores como los de Roa Bárcena y Manuel Payno, entre otros.⁶ Estas obras, junto con algunas más que aparecerán en esta primera etapa del porfiriato,

⁵ Villegas, Abelardo. *Positivismos y Porfirismo*, SEP, México, 1972, p. 26 (Col. SEP Setentas No. 10).

⁶ Roa Bárcenas, José María. *Catecismo de Historia de México*, México, 1862; Payno Manuel. *Compendio de la Historia de México*, México, 1870.



representarán una primera época en los textos del período.⁷

Durante este período escribirán la historia oficial autores nacidos hacia 1830 y quienes a la edad de escribir sus textos —entre 1877 y 1885— fluctuaban

⁷ Córdoba R. Tirso. *Historia Elemental de México*, México, 1881; E. R. *Lecciones Sencillas de Historia de México, Política y Aritmética Azteca*, México, 1885; Buenrostro, Felipe. *Compendio de Historia Antigua de México*, 1877; Rosas, José. *Nuevo Compendio de la Historia de México, escrito en verso y dedicado a la infancia mexicana*, 1877; Banda Longinos. *Catecismo de Historia y Cronología Mexicana*, 1878; Lainé, Ramón. *Catecismo de Historia General de México*, 1879; Oviedo y Romero, Aurelio. *Epítome de Historia Antigua, Media y Moderna de México*, 1877; Pérez Verdía, Luis. *Compendio de Historia de México*.

entre los 40 y 50 años.⁸ En los historiadores, aunque no hay un tema central que los identifique en sus obras, notamos varias características: un patriotismo tenue, la utilización discreta de la imagen del héroe y la tendencia por presentar historias valorativas donde buenas y malas acciones son presentadas para un auditorio infantil.

¿Tendrá la patria siempre la razón?

En esta etapa aparecen ocho textos de historia de los cuales analizaremos los de Felipe Buenrostro, Tirso Córdoba, José Rosas y a un autor anónimo, E. R.⁹ En sus obras, la exaltación del sentimiento patrio aparece en forma muy aislada. Esto es, contrario a lo que sucedía en Francia hacia fines del siglo XIX, que al hacer la pregunta ¿para qué sirve la historia?, en un 80% los alumnos del bachillerato respondían que, “para exaltar el patriotismo”,¹⁰ y también distinto a lo que sucederá en la segunda etapa del porfiriato en la cual predomina el pensamiento de Justo Sierra expresando que “el amor a la patria comprende todos los amores humanos”, en Buenrostro, Córdoba, Rosas y E. R., la exaltación del patriotismo apenas aparece.

⁸ No tenemos datos acerca de Ramón Lainé, ni de Aurelio Oviedo y Romero, por lo que no los hemos considerado en esta apreciación.

⁹ Los textos que analizamos y de los cuales estaremos citando páginas, son los arriba citados de Tirso Córdoba, E.R., Felipe Buenrostro y José Rosas. Excluimos los de Payno y Roa Bárcenas por haber aparecido antes del período estudiado; los textos de Lainé, Oviedo, Banda y Pérez Verdía no los hemos encontrado en bibliotecas y por eso también se excluyen.

¹⁰ Citado en Vázquez, Josefina. *Nacionalismo y Educación en México*, El Colegio de México, México, 1975, p. 13.

Así, la idea de "patria", aun cuando se manifieste en estos autores con palabras pomposas unas veces, no deja de ser sólo eso: una manifestación, una idea más en el recuento del pasado, pero que no se presenta en forma reiterada para despertar ideas patrióticas.

Así, E. R., en la única parte de su libro en que habla de la Patria es cuando dice:

"Nada es más necesario y conveniente que hacer conocer a los niños la historia de su patria... quiera el cielo que seamos útiles a los niños, cuya enseñanza deseamos ver generalizada, y que este granito de mostaza adquiera los tamaños que se hacen necesarios en favor de la patria, que ve levantarse una nueva generación para que así la posteridad honre nuestra memoria y se haga digna de las glorias de nuestros mayores" (p. 3).

A pesar de estas ideas el autor nunca habla de lo que es la Patria y contrario a la tendencia común en los textos de historia patria de la época que utilizaban al héroe para despertar sentimientos de unión nacional y exaltación patriótica, E. R., en los momentos en que narra gestas heroicas, desliga las hazañas de ideas patrióticas.¹¹

De tal suerte, el concepto que analizamos surge como un elemento más en el discurso, pero no como un producto creado a toda costa para despertar ideas de solidaridad nacional.

Por su parte José Rosas sólo manifiesta su admiración por México, pero no su idea de Patria: "... Maestro./¿Qué nombre tiene esta hermosa/Fértil zona americana?/Discípulo. República mexicana,/Bella región montañosa/Pródiga en oro y en flores/Qué héroes mil enaltecieron" (p. 8).

11 Cf. Vázquez, Josefina. *Op. Cit.*, pp. 93-150.

En lo anterior no hay una caracterización del concepto que ahora estudiamos, sólo algunos elementos por los cuales cada mexicano debería estar orgulloso; da la impresión de que ni siquiera se enaltece a la Patria de tal forma que ese orgullo se logre, es decir, con una breve descripción sería difícil crear ideas patrióticas nacionalistas.

Ese patriotismo tenue, sin referencia a héroes o hazañas también aparece en Tirso Córdoba:

"¿Qué interés tiene para nosotros el estudio de la historia mexicana?

El más grande y vital que darse pueda.

¿Por qué razón?

Porque ese estudio nos enseña a conocer nuestro origen, los elementos que han ido formando la sociedad en que vivimos, las causas que determinaron la conquista y modo con que llevóse a cabo; los efectos que produjo o sean los nuevos usos, costumbres, leyes y religión del país; y los medios a que éste recurrió más tarde para constituirse en nación independiente" (pp. 5-6).

Aquí notamos que si la Historia de México ocupa un lugar primordial es con el fin de conocer la descripción lineal del pasado, explicación que no pretende mostrar que el presente es producto de las hazañas patrióticas de nuestros antepasados, cosa que se acentúa por el hecho de que la idea patria no aparece en ningún momento.

En Buenrostro, por su parte, no hay siquiera una idea en abstracto de lo que es la Patria, se concreta a presentar los sucesos acaecidos en el México prehispánico, sin despertar ideas de unificación o patriotismo.

En suma, estos autores no exaltan desmedidamente las ideas de patria, lo que sí se puede observar es que en algunos de ellos ya hay la inquietud por

presentar este concepto como algo grandioso, aunque por su forma de escribir este intento pase desapercibido. De ahí que estos autores se sitúen, en este aspecto, en los umbrales de lo que años después será un sistema ideológico bien consolidado.

El discreto encanto de los héroes

Los cuatro autores toman las hazañas como un punto más en su descripción lineal del pasado, esto es, se concretan a narrar los acontecimientos en forma tal que los héroes son un elemento más de una historia formada por batallas, fechas, anécdotas, etcétera. Por esto los personajes como Hidalgo y Morelos aparecen en forma muy discreta. Quien mejor los trata es Tirso Córdoba, pero lo hace en forma tendenciosa, es decir, justificando, como lo hace a todo lo largo de su obra, el orden religioso. Esto se manifiesta desde el momento en que se refiere al movimiento independiente:

“... D. Felipe González, gran amigo de Allende, hizo la proposición que fue recogida con aplauso, de: “Que un eclesiástico de saber y respetabilidad apareciese como principal caudillo de la insurrección, para que el pueblo mexicano viese que el movimiento no atacaba el orden religioso” (p. 323).

Los mismo sucede con Morelos: “... Aquel hombre extraordinario, el alma de la revolución, y cuyas hazañas admirarán siempre las generaciones, murió siendo un héroe, después de recibir abundantes auxilios de la religión que fue ministro” (p. 365). De nuevo observamos el vínculo inquebrantable que el autor establece entre héroe y religión: no se mencionan los problemas de excomunión, las contradicciones de su conducta con los preceptos de moral cristiana como la sumisión o el no matar, antes bien, se establece un lazo indestructible entre

los personajes y la religión. Así, la exaltación del héroe, ocupará más espacio:

“Morelos era de una gran sagacidad y penetración de espíritu, de carácter frío e inalterable, de una tenacidad y valores extraordinarios y de otras dotes singulares, oscurecidas a veces por la rudeza de su primitiva educación, que no puede modificar ciertos instintos de crueldad, ni apartarlos de algunos extravíos” (p. 345).

De Hidalgo dice, “... señor cura párroco del pueblo de Dolores que a sus vastas y buenas relaciones, unía a las dotes de su talento el influjo que ejercía en su parroquia. . .” (p. 323). Como observamos, en esta cita la admiración hacia Hidalgo es menor que la manifestación hacia Morelos; pero es de notarse que el lenguaje que el autor utiliza es de descripciones frías y no exaltativas, es decir relata las grandezas que uno u otro personaje tienen, pero sin llegar a la exaltación plena de sus dotes, más bien lo hace en forma discreta, cosa que no sucede cuando habla de la virgen de Guadalupe.¹²

E. R., por su parte, sólo habla en cuatro o cinco líneas de Hidalgo y Morelos, principalmente estudiando sus respectivos nacimientos y muertes, y en la única parte donde muestra exaltación por los personajes es donde dice que Morelos fue un “... distinguido personaje. . .” (p. 43) y que Hidalgo fue un “... Exmo. Sr. Cura . . .” (p. 40). En los libros

¹² En una parte de su libro, el autor dice: “... ¿Qué acontecimiento religioso tuvo lugar en los primeros tiempos de la conquista? La aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, cuyas circunstancias se hallan fiel y unánimemente referidas por los testigos del portentoso acontecimiento, y de cuya autenticidad, no hay quien dude entre los fieles hijos mexicanos, objetos del amor y visible protección de tan augusta madre”. (Córdoba. *Op. cit.*, p. 242).

de Buenrostro y Rosas, estos personajes ni siquiera son mencionados.

Por lo expuesto anteriormente y considerando que en el porfiriato el héroe será el personaje principal para despertar sentimientos patrióticos de solidaridad nacional, es que clasificamos a los autores como poco interesados en exaltar lo patrio. De ahí que si bien pueden admirar a México, no creemos que logren despertar en las mentes infantiles la necesidad de emular a los héroes como modelo de comportamiento. En esta primera etapa, pues, no se asocia la idea de lo heroico con lo patriótico y con esto las ideas porfiristas de héroes, suelo, patria, que vendrían a conformar nuestra nación, no se conjugan. El resultado es que al no relacionar dichos conceptos, la heroicidad y el patriotismo aparecen sólo como un elemento más en la descripción lineal de nuestra historia.

Magistra Vitae

La historia ocupada en describir el acontecer nacional asume, en este caso, dos formas: la que simplemente se compromete con la verdad y la que hace una narración de buenas y malas acciones pensando en que la historia, "gran maestra de la vida", servirá para practicar el bien. En la primera corriente encontramos a José Rosas y a Felipe Buenrostro.

José Rosas, llamado en su tiempo "El poeta de la niñez", establece en su libro escrito en verso y mediante preguntas y respuestas, lo siguiente: "Maestro: ¿Qué se entiende por historia/Discípulo: Es del pasado sincera/Fiel narración verdadera" (p. III).

Sin embargo, el compromiso con la verdad es muy efímero, no hay que leer mucho para encontrar que la fiel narración verdadera cede su lugar a la

historia valorativa, que mide y juzga las acciones pasadas sin tener mucho cuidado en comprobar lo que establece.¹³ Así, Rosas aclara que además de narración verdadera, la materia también es: "... Del hombre escarmiento y gloria/Gran Maestra y buen testigo/Espejo del alma humana,/El bien en premiar se afana/y en dar al crimen castigo/Del pasado luz divina/Al futuro muestra el paso/Sol que al llegar el ocaso/Otro hemisferio ilumina" (p. III).

Es decir, la historia se encargará de premiar el bien y castigar el mal, haciendo un recuento de los sucesos pasados para aprovecharlos en el futuro; la referencia a esto aparece ya en la cita anterior, pero por si hubiera duda, el poeta dice: "... Maestro: ¿Qué debemos deducir nuestra historia al contemplar?/Discípulo: Lecciones para evitar/Los males del porvenir (p. III).

De esta suerte, Rosas termina sustituyendo la narración verdadera, por la historia vista como la maestra que se afana en premiar al bien y en castigar el mal.

En Buenrostro parece haber la misma suerte. El autor busca lo verdadero: "... Al compendiar la historia antigua de México, no he hecho otra cosa que consultar a los historiadores, y tomo las relaciones que me han parecido más imparciales y que tienen probabilidad de ser ciertas, o cuando menos de acercarse a la verdad..." (p. 265). Sin embargo, es en su indagación de fuentes donde el autor utiliza juicios poco comprobables como son

¹³ Sería bastante dudoso creer en frases como las que Rosas utiliza para describir Tenochtitlan. Decir que "fue el asombro de los vientos", y que sus habitantes, "... se adornaban brillantes, para tener más decoro, con hojas de plata y oro, con perlas y con diamantes" (pp. 8-9). Es decir, en este caso, en la búsqueda de rimas, no importa más encontrar la verdad que la palabra adecuada.

los religiosos, esto es, se apega a libros santos o de sacerdotes, los cuales si bien es cierto que tienen un gran caudal de teoría, también tratan de encasillar muchos fenómenos en explicaciones teológicas altamente cuestionadas y algunas ya superadas por la ciencia. El resultado de esta práctica aparece en forma constante en la obra, como se ve en la siguiente descripción: "por el testimonio de libros santos y por la tradición consta, que los primeros habitantes de Anáhuac descienden de los pocos hombres que se salvaron del diluvio" (p. 41).

De esta forma, Buenrostro, a pesar de su búsqueda de imparcialidad, escribe lo que juzga conveniente y dentro de ello, la historia de buenas y malas acciones tendrá un lugar primordial: "... Al ponerme a escribir un compendio de la historia antigua de México, ha creído que prestaba un servicio a la juventud, recopilando los pasajes más notables de esa historia que no debe ser desconocida por ninguno y que está llena de episodios admirables, así como de escenas horripilantes y bárbaras" (p. 5). Así, la inclinación por mostrar lo admirable y lo bárbaro, aun cuando se busque en forma imparcial, también afectará a Buenrostro.

En Tirso Córdoba y E. R., la presentación de la historia como una narración de sucesos buenos y malos es directa. Estos autores asumen, además, un matiz clerical en sus textos. Por esto, en la obra de Córdoba, escrita en forma de catecismo, encontramos párrafos que aclaran estas ideas: "¿Qué es historia?/La relación de sucesos pasados, hecha con el objeto de enseñar a hombres presentes y futuros a practicar el bien para conseguir la felicidad" (p. 1). Además, el buen historiador, según el autor, debía tener, entre otras cosas, "... suma imparcialidad, independencia y moralidad, y energía para atacar el vicio y defender la virtud. . ." (p. 4).

El historiador y su oficio se convierten, entonces, en partidarios del bien. Lo "malo" se utilizará como ejemplo de lo que no se debe hacer y así se construye una historia moralista, valorativa, donde los buenos y los malos tendrán tumbas diferentes: habrá héroes y traidores. Además, lejos de tener imparcialidad e independencia, Córdoba manifiesta una gran tendencia a apologizar sus creencias religiosas; tales son los casos ya citados de la licitud divina del movimiento independiente, de los héroes y la aparición de la Virgen de Guadalupe. Por esto es que clasificamos al autor como un enérgico "atacante del vicio y defensor de la virtud (cristiana)"; la imparcialidad y la independencia aguardan, como el autor lo menciona, al buen historiador.

E. R., por su parte, menciona poco su concepto de historia y cuando lo hace es demasiado ambiguo: "...Pregunta: ¿Qué es historia antigua?/Respuesta: La que narra los hechos antiguos/P. ¿Y moderna?/ R. La que nos presenta los tiempos modernos" (p. 5). Evitando, pues, estas explicaciones, el autor en cambio hace grandes descripciones en donde manifiesta su búsqueda de lo bueno, lo cristiano:

"Como se trata de dar una enseñanza sana, sólida, fundada en testimonios intachables, diremos como San Pablo a los romanos, capítulo 13: 'Toda alma sea sujeta a las potestades superiores, porque no hay potestad sino de Dios; las potestades que son de Dios son ordenadas. Así, el que se opone a la potestad, al orden de Dios, resiste, y los que resisten, ellos mismos recibirán condenación para sí. Quieres pues no temer la potestad: Haz lo bueno' " (p. 20). Así, la historia y el catecismo cristiano se mezclan y conforman una historia valorativa, muy alejada del conocimiento verdadero, donde es más

importante no condenarse que apropiarse de un conocimiento comprobable.

En suma, los cuatro autores hacen historia valorativa, de buenas y malas acciones: “de escarmiento y gloria”, “de escenas horripilantes y bárbaras”, “de ataque al vicio y defensa a la virtud”, y de “condenación para los que resisten la potestad de Dios y felicidad para los que no”. El lector encontrará entonces en la materia una función ideológica, esto es, la transmisión de ciertos valores que moldean un pensamiento; la función teórica de apropiación de un conocimiento riguroso y comprobable queda entonces sólo como una idea vaga y sin fundamentación alguna.

Al margen de esto es curioso notar que en su presentación didáctica las obras recurren al verso, al catecismo o a la prosa con un objetivo claro: facilitar el aprendizaje de la materia. Sin embargo en este aprendizaje se recurre mucho a que el alumno o bien memorice versos o respuestas de un maestro o el discípulo. Por ello E. R. establece, “. . . nos ha parecido, además, que necesita la obrita ser tan elemental que se preste fácilmente a ser retenida en la memoria. . .” (p. 3); esto significa que el papel del alumno es el del receptor que con sólo aprender las explicaciones de memoria ya conoce la historia de su país.

Dicho de otra forma, un alumno que no piensa, que no critica, es tierra fértil para anidar las ideas de un autor, las cuales por más irreales que sean, encontrarán un receptor que repetirá sin sentido ideas tales como: “P. ¿Cómo ha estado en México la enseñanza primaria?/R. Hasta hace poco tiempo así, así” (E. R. pp. 45-46).

En síntesis, la Historia no está llamada a despertar problemas, dudas, alternativas. Más bien se propone como una materia para aprender de me-

moria, sin crítica ni juicios. El alumno, frente a esto, tendrá que ser una buena grabadora que repita al pie de la letra los diálogos de que ha sido alimentada. Con esto la historia se vuelve repetición de hechos; ¿cuáles hechos?: las muertes de héroes, fechas, nombres de batallas, etcétera. Es decir, la materia se presenta alejada del alumno, sin ninguna referencia a su presente, a sus problemas y a sus dudas. El alumno, entonces, memoriza el tiempo de sus antepasados pero sin entender ni comprenderlo y por lo mismo sin saber que él no sólo es producto sino productor de sus circunstancias; sin saber además que la historia, al presentar dudas, alternativas y problemas, implica tomar conciencia de los hechos y no sólo aceptarlos. En suma, la forma en que se hace memoria del pasado no permite que el alumno se sitúe como un sujeto activo frente al tiempo ya acaecido, un sujeto que vive y hace la historia, que al conocer el tiempo de otros toma conciencia de su propia historicidad y de su propio tiempo.

II. Nuevas tendencias en la historia

En la segunda etapa del porfiriato, 1889 a 1911, las ideas educativas del liberalismo seguirán vigentes, sólo que ahora adquieren nuevos matices: el nacionalismo y el cientificismo comenzarán a dominar el panorama educativo.¹⁴

En el campo educativo, la continuidad mantenida desde el movimiento liberal hasta el porfiriato, posibilita la consolidación de las instituciones

¹⁴ Para mayores datos pueden verse las obras de Vázquez, Josefina. *Op. cit.*; y Díaz Geraida. *Conformación Política y Social de la Escuela Nacional Preparatoria*, México, 1979, Tesis doctoral presentada en El Colegio de México.

políticas hacia fines del siglo. Dicha consolidación ayudará sin duda a que las tesis ideológicas que se manejan hacia esta etapa manifiesten la solidez del régimen. En cambio, en los inicios del porfiriato, las instituciones políticas tienen todavía grandes problemas, cosa que se manifiesta, entre otras cosas, por el gran número de cambios en el gabinete presidencial; baste recordar que de 1877 a 1889 se turnan en el poder Díaz y Manuel González y en el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública estuvieron Ignacio Ramírez, Protasio Tagle, I. Mariscal, Ezequiel Montes y Joaquín Baranda.

Estos cambios al interior del grupo que dirige el ambiente educativo influyen para que la política educativa de este tiempo varíe de acuerdo a los enfoques de quien dirige este aspecto cultural.

Sin embargo hacia 1889 el régimen porfirista se consolida económica y políticamente, convirtiéndose al propio tiempo el presidente Díaz en la figura política fuerte e indiscutible. El ambiente educativo estará dirigido en sus niveles superiores por Joaquín Baranda, Justino Fernández y Justo Sierra, quienes se encargan de uniformar los enfoques que prevalecen en este sector en el período.

En otras palabras, hasta 1889 el gobierno de Díaz había tropezado con innumerables dificultades que le impidieron crear una ideología propia por lo que asume las principales tesis del liberalismo. Sin embargo, a partir de 1889, la política económica del régimen permite una bonanza económica como nunca antes se había visto en el país y entonces la situación cambia.¹⁵ Ahora la econo-

¹⁵ Véase Rosensweig, Fernando. "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911". (En: *El Trimestre Económico*, vol. XXXIII, 1965, pp. 405-454).

mía permite impulsar el desarrollo del país. La institución política goza de la estabilidad y solidez que en ninguna otra época había vivido y es aquí cuando la antigua generación de intelectuales será sustituida por una nueva: los científicos. Luis González ubica este cambio en 1888:

"... Hasta cierto punto ese fue el baile de despedida de una generación bronca que bebía con holgura y vestía uniforme militar. A partir de su tercera presidencia Díaz creyó que ya era hora de licenciar del servicio público a una parte de sus compañeros de armas y generación. A partir de 1888 empezó a rodearse de gente más joven, técnica, urbana y fina: atrajo hacia la burocracia a los científicos".¹⁶

Asimismo, en esta etapa, se inaugura la dictadura de Díaz, el predominio de la autoridad indiscutida de este personaje, quien al propio tiempo impulsa fuertemente el avance económico del país basado en la modernización y apertura al capital extranjero.¹⁷ Y de este modo, como ya hemos dicho antes, la consolidación política y económica del régimen, también impulsará con vigor el panorama educativo.

¹⁶ Para información sobre el tema puede verse, González, Luis. "El liberalismo triunfante" en *Historia General de México*, El Colegio de México, México, 1977, pp. 222-226. Por su parte Raat, William, *El positivismo durante el porfiriato*, México, SEP, 1972, menciona algunas características importantes del grupo de los científicos: tenían una tradición liberal; eran anticlericales; creían, la mayoría de ellos, en la superioridad racial y el método científico.

¹⁷ El adelanto económico del país se resume brevemente en Cosío Villegas, et. al. *Historia Mínima de México*, México, El Colegio de México, p. 128.

A. El ambiente educativo

Si bien es cierto que antes de 1889 se intenta caracterizar al clima educativo con los postulados de educación popular, laica, gratuita, obligatoria y científica, hasta ese momento dichos postulados no están insertos dentro de una doctrina coherente y sistematizada; esto es, había una gran diversidad de planes de estudio, programas, sistemas y métodos, lo que hacía que las ideas educativas no adquirieran un cuerpo sólido. Esta situación se intentó remediar desde que Díaz tomó por primera vez el poder, pero no fue sino hasta 1889, con la realización del Primer Congreso Nacional de Instrucción Pública, que se tomaron medidas concretas para uniformar la enseñanza y crear un sistema educativo con vigencia a nivel nacional.¹⁸

Así, la política educativa del gobierno, en el período de 1889 a 1911, estuvo encaminada a uniformar la enseñanza dándole un sentido científico y nacionalista.

La uniformidad en la enseñanza primaria se logró en varios aspectos: se unificaron los sistemas de instrucción, los métodos utilizados, los programas y hasta los horarios.¹⁹ Además en premios,

¹⁸ En este Congreso se aprobó que: "1a. Es posible y conveniente un sistema nacional de educación popular, teniendo por principio la uniformidad de la instrucción primaria obligatoria, gratuita y laica. 2a. La enseñanza primaria elemental debe recibirse en la edad de seis a doce años. 3a. La enseñanza primaria elemental obligatoria comprenderá cuatro cursos o años anteriores. 4a. El programa general de la enseñanza obligatoria será integral" (Larroyo, Francisco. *Historia Comparada de la Educación en México*, México, 1980, p. 347).

¹⁹ Cf. Díaz Zermeño, Héctor, "La escuela nacional primaria en la ciudad de México" en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, vol XXIX, julio-septiembre, México, 1979, Núm. 1. p. 66.

calificaciones y castigos también se utilizaron los mismos criterios. A modo de ejemplo, los antiguos castigos como la palmeta, las orejas de burro, las pesas de plomo en las manos y el permanecer hincado con los brazos en cruz, son sustituidos por castigos que en ningún caso "degradeen o envilezcan a los niños".²⁰

Además de esta uniformidad, desde el Primer Congreso de Instrucción se buscó despertar conciencia de una educación patriótica nacionalista, "... (que) forme en la escuela primaria no sólo al hombre, socialmente hablando, sino al ciudadano mexicano, inspirado en los grandes ideales que persigue la Patria, identificado con sus libérrimas instituciones, amoldado, por decirlo así, al modo de ser social y político de esta importante región del continente Americano".²¹

Este deseo de crear una educación nacional es bien representado por Justo Sierra, quien desde 1901 como titular de la Subsecretaría de Instrucción Pública pretende establecer sus principios educativos: "... la escuela es la salvación de nuestra personalidad nacional".²² Sierra se da a la tarea de difundir una educación nacionalista y en 1908 con la Ley de Educación Primaria para el Distrito y Territorios Federales, sus ideas quedan plasmadas:

"Las escuelas oficiales serán esencialmente educativas; la instrucción en ellas se considera sólo como medio de educación.

La educación primaria que imparte el Ejecutivo de la Unión será nacional, esto es, se pondrá

²⁰ Cf. Monroy Guadalupe. *Op. cit.*, p. 685.

²¹ Linás Alvarez, Edgar. *Revolución, Educación y Mexicanidad*, UNAM, México, 1978, p. 51.

²² Vázquez, Josefina. *Op. cit.*, p. 100.

que en todos los educandos se desarrolle el amor a la patria y a sus instituciones”²³

Estas ideas son las que llevan a Sierra a crear en 1910 la Universidad Nacional de México, encargada de la “educación nacional en sus medios superiores e ideales”.

Es claro, entonces, que la uniformidad en la educación y la búsqueda de la personalidad nacional dominaron el ambiente educativo de la época. El papel que jugó la historia dentro de este proceso de cambio fue determinante para lograr la unificación, por esto no será nada extraño encontrar nuevas tendencias en los textos de la época.

B. Los textos

A raíz del Segundo Congreso Nacional de Instrucción, se hace una ley en 1891 que pretende reglamentar la instrucción en el Distrito Federal y Territorios de Tepic y Baja California. En dicha ley se establece que hasta el tercer año se impartirá clase de historia, estudiando “. . . ideas generales sobre la Historia antigua y la época colonial”; y en el cuarto año se tomarían en cuenta los siguientes aspectos: “Hidalgo y la guerra de independencia, la proclamación de la República, Santa Anna y la guerra con los Estados Unidos, Plan de Ayutla, Comonfort y la Constitución de ‘57, Juárez, la Reforma y la Intervención Francesa”.²⁴

Al mismo tiempo aparece un libro de Enrique Rébsamen, *Guía metodológica para la enseñanza*

de la historia (1891), que desarrolla la enseñanza de la historia en seis grados. En el primero se introduce a los niños en la materia a través de la vida de grandes personajes; para el segundo se hacen relatos y conversaciones familiares sobre dichos personajes; en el tercero y cuarto grados se incorporan las ideas mencionadas en la ley de 1891; el quinto año se encargaría de ampliar lo estudiado en años anteriores y en el sexto grado se da un gran viraje: se sustituye el estudio de lo nacional por Historia General.

Así, conforme a este orden, veremos aparecer en la segunda etapa del porfiriato diversas obras históricas, compuestas por autores nacidos, en su mayoría, hacia mediados del siglo y quienes al tiempo de escribir sus textos —entre 1890 y 1910—, fluctuaban entre los 40 y 50 años. En sus libros encontraremos las siguientes características: la historia se convierte en El Libro de Patriotismo, asumiendo, para exaltar dicho sentimiento, las hazañas de los héroes como modelo de virtud patriótica, y conformando, en consecuencia, una historia valorativa donde los hechos patrióticos se asumen como modelo del bien.²⁵

A diferencia, pues, de lo que sucede en la primera etapa del porfiriato donde no hay un tema central que domine en la enseñanza de la historia, en la segunda lo heroico y patriótico unifican criterios. Con esto, los textos se adaptan perfectamente a los programas de la materia, que como ya apuntamos, estudian a los héroes como tema básico en tres de los cuatro años de primaria elemental. Ahora, entonces, habrá que estar atentos a lo que decía Stefan Zweig.

²⁵ Para ampliar datos, véase Tortolero, Alejandro. *op. cit.* pp. 26-66.

²³ Citado en Vázquez, Josefina. *loc. cit.*

²⁴ Dublán Manuel y Lozano José María. *Legislación Mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia hasta la república*, México, 1898, pp. 77-78, vol. XXI.

La patria siempre tiene la razón

Si en el primer período la enseñanza de la historia se debatía entre los terrenos del cristianismo y de la poesía, que bien poco hacían por exaltar el patriotismo, ahora la búsqueda de esta exaltación es dominante.

Para analizar esta situación recurrimos, en esta etapa, a los textos de Justo Sierra, Teodoro Bandala, Antonio García Cubas, Nicolás León, Andrés Oscoy, Carlos Pereyra, Javier Santa María y Gregorio Torres Quintero.²⁶ En estos autores encontramos dos formas de exaltar el patriotismo: por un lado hallamos a quienes hacen un llamado directo a que la historia se convierta en herramienta para mover ideas, formar batallas, golpear traidores, levantar héroes y así crear la obra maestra que es la patria; por el otro lado, escritores que indirectamente, a través de sus descripciones, utilizan la exaltación de lo heroico para llegar a los mismos resultados.

Justo Sierra, García Cubas y Torres Quintero se mueven por el primer carril; para ellos la historia es casi un sinónimo de lo patriótico, según lo que encontramos en sus textos. Por ello Sierra dice en su *Catecismo*:

“El primer deber de todo mexicano es amar a su patria y la patria se compone del suelo en que nacimos, de todos los hijos de este

suelo que viven ahora y de todos los mexicanos que han muerto; por consiguiente para amarla es preciso conocerla y saber su historia, es decir, lo que ha luchado y sufrido por nosotros” (p. 395).

Es curioso notar que aquí ya aparece una caracterización de la patria ligada al suelo y a sus hijos; además, quien lo expresa es realmente un enamorado de la patria: “El amor a la patria comprende todos los amores humanos. Ese amor se siente primero y se explica luego. Este libro dedicado en vosotros a todos los niños mexicanos, contiene esa explicación” (*Elementos*. . . p. 291). Es decir, antes que la explicación está el amor, cosa que se supone el autor ya conoce, por ello es que afirmamos que Sierra es el ejemplo más genuino de la exaltación patriótica. Sin embargo no está solo: Torres Quintero, hace eco de las palabras de Sierra: “. . . Amad, pues, la obra de nuestros padres lejanos. Amad a México, y para amarlo como se merece, aprended a conocer sus glorias y sus infortunios, sus alegrías y sus dolores. Estudiad la Historia de México” (p. 11).

En García Cubas la idea es parecida; en su *Compendio* hace el llamado para que la historia se convierta en formadora de ciudadanos útiles, aclarando que estos ciudadanos son quienes saben cumplir “. . . con sus deberes respecto de Dios, de la patria y la familia” (p. 4).

Así, las luchas y el sufrimiento, glorias e infortunios, asomarán en las páginas de los textos de estos autores, con un fin claro: hacer memoria del pasado para amar a México. Además hay que recalcar el papel que Torres Quintero y sobre todo Sierra juegan en la educación de la época. Sierra es toda una personalidad dentro de las letras mexicanas de su tiempo a más de ser el rector de la educación

²⁶ Bandala Teodoro. *Cartilla de la Historia de México*. 1901; García Cubas, Antonio. *Cartilla de Historia de México*, 1901 y *Compendio de Historia de México*, 1894; León Nicolás. *Historia General de México*, 1902; Oscoy Andrés. *Elementos de Historia patria*, 1900; Pereyra, Carlos. *Historia del Pueblo Mejicano*, 2 v; Santa María, Javier. *Compendio de Historia de México*, 1902; Sierra, Justo. *Catecismo de Historia Patria y Elementos de Historia Patria*, en obras completas, UNAM, México, 1977; Torres Quintero, Gregorio. *La patria mexicana*, 1908.



desde comienzos del siglo XX; y Torres Quintero, por su parte, crea grupos dentro de la Escuela Nacional de Maestros que defienden y difunden sus ideas educativas. Así el pensamiento de los autores adquiere su real envergadura.

En los demás escritores, a excepción de Pereyra, encontramos en forma no tan directa el patriotismo. Esto significa que no hacen las aclaraciones de Sierra o Torres Quintero, pero en sus descripciones reflejan su patriotismo. A modo de ejemplo mencionaremos a Andrés Oscoy y Nicolás León. El primero, al describir la batalla de mexicanos y norteamericanos en Churubusco, dice:

“Entonces es cuando resalta el valor y patriotismo de los mexicanos en la defensa de Churubusco, en que 1000 hombres, mal fortificados y con sólo siete piezas de artillería, rechazaron a 5000 americanos, y solamente dejaron entrar al enemigo, cuando se les acabó el parque” (p. 31).

Descripciones como la anterior aparecen a menudo en el libro de Oscoy, de ahí que no se haga necesario relacionar directamente la historia con el libro del patriotismo; tal relación se da en la narración de los acontecimientos.

Nicolás León, por su parte, hace descripciones como: “. . . La defensa de Puebla hecha por el ejército mexicano, pobre de elementos y muy inferior en número y táctica al francés, es uno de los hechos más gloriosos de nuestra historia patria y digna remembranza eterna” (p. 517).

De nuevo se aprovecha el estudio del pasado para revestirlo de descripciones gloriosas, en las cuales, la idea de lo patriótico es fundamental para medir la magnificencia de los acontecimientos.

Este movimiento no sólo aparece en los textos de historia a nivel primaria sino en la historia a nivel

general. En otras palabras, México había vivido tres siglos dominado por su metrópoli española y durante este tiempo no había más historia que la escrita por los españoles. Esta historia tendía a justificar tres cosas principalmente: la expansión de España, la guerra y el dominio sobre el indígena y la conquista de tierras.²⁷ El argumento principal para justificar este orden de cosas lo encuentra la historiografía novohispana en el cristianismo: si la historia es el cumplimiento del destino de Dios, entonces estaba destinado para España el civilizar pueblos como el nuestro.

Al independizarse nuestro país de España se tuvo que preparar para escribir su propia historia y así aparecían interpretaciones que ponían énfasis en distintos puntos: aparecen las corrientes liberal y conservadora y con éstas nace la historiografía partidista, la cual se diferencia del enfoque hispanista en su concepción de la historia: abandona su interpretación providencialista y observa el proceso histórico como resultado de acciones humanas concretas. En esta historiografía partidista se prescinde de explicaciones de santos y mártires religiosos para explicar las revoluciones —Fray Servando Teresa de Mier, Lorenzo de Zavala, Bustamante, etc.— y las gestas y héroes que hicieron posible dichas revoluciones.

De tal suerte, se rescata el pasado que antes sólo era accesible al español para hacerlo nuestro, mexicano; se nacionaliza el pasado. Este proceso de rescatar fuentes, según Florescano: “. . . alumbró el penoso camino que tienen que recorrer los países

coloniales cuando deciden apropiarse de su historia y se ven obligados a romper las cadenas intelectuales y mentales que los atan a sus dominadores”.²⁸

Así llegamos al porfiriato, donde se le dará un sentido nacionalista a ese rescate del pasado y cuyos representantes más importantes serán Alfredo Chavero, José María Vigil, Vicente Riva Palacio, Julio Zárate, Antonio Peñafiel, Francisco del Paso y Troncoso, Justo Sierra, Juan E. Hernández y Dávalos y Genaro García. Este movimiento, como observamos en los textos, también concuerda con la enseñanza de la historia impartida en las escuelas oficiales del porfiriato, de ahí la afirmación de que el nacionalismo será uno de los elementos fundamentales de la ideología porfirista.

Al margen de esto es curioso notar que lo heroico y el derrotismo van de la mano; las gestas grandiosas están ligadas a derrotas y muertes, donde el David —los niños héroes, los defensores de Churubusco, etc.— intentan acabar con Goliath —los norteamericanos, franceses, etc.—, aunque en la lucha siempre mueran los primeros.

¿A quién debemos los mexicanos la patria?

Otra vez, a diferencia de los autores que estudiamos al inicio del porfiriato, en esta etapa los historiadores dedican buena parte de sus libros a los héroes en general y a Hidalgo y a Morelos en particular. La forma en que se estudia a tan singulares personajes no es sólo descriptiva, sino que la exaltación, sublimación y hasta a veces la mitificación serán los estilos predominantes.

Torres Quintero y García Cubas reflejan, sin lugar a dudas, lo que expresamos anteriormente; para ellos Hidalgo y Morelos son los personajes a

²⁷ Florescano, Enrique. “La influencia del Estado en la historiografía mexicana” en *Siempre*, México, agosto 31 de 1976, No. 759; y “La Nueva España en el siglo XIX” en *Siempre*, México, septiembre 22 de 1977, No. 813.

²⁸ Florescano, Enrique. “La nueva. . .” *op. cit.*, p. VI.

quienes se dedica más espacio y más respeto. Por esto García Cubas, al hablar de Hidalgo en su *Compendio* se refiere a él como, “Sr. Hidalgo”, “Héroe”, “insigne caudillo”. De Morelos dice, “esclarecido criollo”, “extraordinaria audacia”; a su muerte aclara, “pérdida irreparable del gran Morelos”, “de esta suerte acabó el caudillo más extraordinario de la insurrección”, “insigne caudillo”, “íclito Morelos” (pp. 106-125). Como se ve, el autor manifiesta en su lenguaje un profundo respeto y admiración por los personajes, inclinándose según lo anterior, por la figura de Morelos. El problema que vemos es cómo entendería un niño tal lenguaje.

Torres Quintero, a su vez, habla de Hidalgo como un “cura de almas”, “cura excepcional”, “benemérito cura del pueblo de Dolores” (pp. 246-251). De Morelos dice, “Una de nuestras glorias nacionales más legítimas”, “héroe inmortal”, “se adelantó a su tiempo”, “ilustre Morelos”, “noble mártir” (pp. 274-307). Así, las alabanzas hacia Morelos son, de nuevo, más que las expresadas a Hidalgo, aunque quizás en este caso el lenguaje sea un poco más claro para un alumno de primaria.

Una constante que existe en estos dos autores al referirse a estos héroes, según las citas anteriores, es la sublimación de sus figuras. No es suficiente decir que los dos fueron héroes, tampoco es suficiente el mencionar las hazañas que los ascendieron a esa categoría; había que crear imágenes de héroes aun a costa de presentarlos “fuera de su tiempo”, inmortales, salvadores de almas. Para llegar a esto, Torres Quintero llega a la utilización del mito; por ello, cuando relata la muerte de Morelos dice que su sangre regó la tierra y ésta súbitamente cambió de color y el cielo se turbó como nunca antes

lo había hecho.²⁹ Esto debía situarse en el pensamiento mágico que todo niño tiene y, reafirmado por las hazañas gloriosas de los próceres cumpliría la función de crear figuras sublimes, ejemplares, heroicas. Mientras tanto, la historia que busca objetividad pierde muchos partidarios.

En este mismo contexto de exaltación y admiración hacia los héroes y sus hazañas hallamos a Justo Sierra. Este autor, a pesar de que no ocupa mucho espacio en describir la vida de los personajes, hace breves descripciones, pero llenas de admiración y de ese sentimiento tan especial que en el porfiriato se llamó patriotismo. Por ello Hidalgo y Morelos ocupan un lugar primordial en las obras de Sierra; del primero dice en su *Compendio*: “. . . el cura de Dolores. . . que por su ascendiente entre los indios, por su instrucción y su ingenio era un preciso colaborador. . .” (p. 338); cuando Hidalgo recibe la noticia de que su conspiración ha sido descubierta, dice, “. . . No hay, señores, más remedio que ir a coger gachupines. A esta suprema resolución del cura debemos los mexicanos la patria. . .” (p. 346); “. . . don Miguel Hidalgo, hombre lleno de resolución e ingenio. . .” (p. 349); “. . . en su prisión se ocupó alguna vez en hacer versos y decía así a su carcelero:

Tiene protección divina
La piedad que has ejercido
Con un pobre desvalido
Que mañana va a morir
Y no puede retribuir
Ningún favor recibido” (p. 348).

Además en su *Catecismo*, Sierra dice, “. . . a Hidalgo. . . los mexicanos le hemos levantado un altar en nuestro corazón, porque si él no se decide a

²⁹ Cf. Torres Quintero. *Op. cit.* p. 307.

sacrificar su vida proclamando la independencia los mexicanos no tendríamos patria" (p. 407).

Como se ve, tampoco en estas descripciones desaparece esa asociación del derrotismo con los héroes, característico de Sierra: surge el héroe en la cárcel haciendo versos sobre su propia muerte; hombres piadosos, inteligentes y decididos, pero siempre a un paso de la muerte. Sin embargo esta idea yace en el fondo de lo que Sierra describe ya que a primera vista la exaltación y admiración por el héroe son los sentimientos que motivan al lector a estar agradecido hacia el personaje que les dio patria.

Por su parte, para Sierra, Morelos es la figura brava, arrogante, ruda, notable de la independencia; por esto en sus *Elementos*, aclara: "rudo mestizo"; a su excomunión expresa, "... Morelos no era un sacerdote, era un gran capitán y un gran ciudadano; nunca se encarnó la esperanza de un pueblo luchando por la vida en una figura más brava, más alta, más arrogante, de más instinto militar, de más abnegación republicana; Morelos es nuestro orgullo de mexicanos en el período más terrible de nuestra historia" (p. 341); "... Morelos es, por su patriotismo y su genio militar el soldado más notable de la guerra de independencia" (p. 350).

Además en el *Catecismo*, Sierra dice, "... Con maravilloso valor murió aquel hombre ilustre, el guerrero más grande de la independencia y el más notable de cuantos recuerda nuestra historia" (p. 409). Frente a esto resulta obvio mencionar que el héroe era el instrumento para crear identificación con el pasado mexicano y con todo lo que éste representa: el suelo, las costumbres, las hazañas, etc. No sólo se habla de los héroes como nobles personajes, sino que aparecen en forma grandiosa, excelsa, utilizando para esto cuestiones tan poco

comprobables como el verso en la cárcel y como el lenguaje exaltado. El resultado de esta práctica en Sierra es la apología de Hidalgo y Morelos, la valoración de los héroes; el por qué lo son no importa mucho, lo que importa es construir un recuerdo, una tumba grande para Morelos, y a su lado, una más chica para Hidalgo. Evidentemente la tumba no estará en tierra sino en el corazón y el pensamiento de todo mexicano.

Carlos Pereyra no se queda atrás en alabanzas hacia los héroes, siendo Hidalgo y Morelos a quienes mejor estudia. De tal suerte en el segundo tomo de su *Historia*, dice de Hidalgo: "el cura era un hombre de ilimitada audacia"; "no era un cura de almas sino un amigo del país" —aquí está en desacuerdo con Torres Quintero—; "el cura era querido no sólo por lo que hoy llamaríamos su espíritu progresista, sino por ser muy dadivoso y sociable"; "su defecto capital era la ligereza"; "Hidalgo que si fue el alma del movimiento no supo ser su inteligencia directora" (pp. 14-22). En estas citas, a pesar de presentar la grandiosidad del héroe, Pereyra también lo critica, presenta el lado humano susceptible a fallas; el problema de esto es que el autor no escribe su texto para primarias sino para preparatorias, donde un número restringido de alumnos tenía acceso y de ahí que pocos conozcan el lado falible de los héroes y en consecuencia el grueso de los mexicanos se quedará con la imagen del héroe sin tacha, grandioso y excelso.

A Morelos lo estudia Pereyra también en el segundo tomo de su obra: "... el hombre más notable de aquella guerra y de todas las guerras que ha habido en México... todo lo obtuvo con su genio, su valor y su inmensa energía... Morelos es uno de esos hombres que sólo se revelan en las grandes crisis" (p. 28). En esta forma observamos que

el estudio apasionado del héroe abarca desde la primaria hasta la preparatoria, aunque sólo quienes lleguen a este último nivel tengan acceso a la crítica de los héroes.

Entre los autores que no se impresionan sólo con Hidalgo y Morelos, están Javier Santa María y Nicolás León. Para el primero si bien es cierto que Hidalgo es el "... padre de la independencia... hombre magnánimo ilustrado, generoso, trabajador, progresista y amado del pueblo. . ." (p. 64-70), Juárez no es menos: "... El eminente patricio, el Padre de la Reforma, el Salvador de la Independencia, el amado del pueblo mexicano y admirado del mundo. . ." (p. 120). Por lo anterior Santa María estudia más en su obra a Juárez, dejando a Hidalgo y Morelos en segundo plano. No es extraño, pues, encontrar un apéndice biográfico de los héroes al final de su libro, donde dice: "... Hidalgo era muy instruido, inteligente, activo, muy dado a la industria, y logró gran popularidad entre sus feligreses. . ."; "... Morelos hizo una brillante campaña. . ."; Juárez "... se distinguió siempre por su honradez sin tacha, su rectitud de conciencia, su carácter viril que fue como una dignificación de la humanidad y por su voluntad sin arrebatos, ni fraseologías, pero irresistible como el destino. . ." (pp. 131-138). Como se ve, el autor, al contrario de Juárez, cae en arrebatos y fraseologías; no sigue el ejemplo de su héroe.

León, por su parte, está más en su tiempo; a pesar de que muestra admiración por muchos héroes, para él la gran figura es Díaz. Por ello si bien Hidalgo y Morelos son bien estudiados en su libro, no son los más alabados; este lugar lo deja para Porfirio Díaz y Hernán Cortés.

De tal suerte, en distintas partes de su texto encontramos descripciones sobre Hidalgo donde se

aclara que es "hombre útil", "autor y director de la revolución proyectada", "Sr. Hidalgo", "ilustre teólogo y verdadero patriota", "ilustre cura", "primer caudillo", "caudillo de la independencia" (pp. 392-403). Por su parte, Morelos es, "caudillo michoacano", "magnánimo caudillo", "ilustre Morelos" (pp. 428-430). Así, Morelos e Hidalgo de ilustres y magnánimos no bajan, pero Cortés para el autor es, "... hombre de cualidades extraordinarias y sin disputa uno de los más grandes héroes de la humanidad, de su patria y de su época" (p. 209). Es decir, si bien Hidalgo y Morelos son héroes nacionales, Cortés es internacional.

Ahora bien, dentro del ámbito nacional, el autor a quien exalta más es Porfirio Díaz:

"... La obra realizada por el señor general considerándola bajo el aspecto moral, o bajo el punto de vista material, en su alta personalidad está hoy cifrado el porvenir de la tierra mexicana. . . Que el Arbitro de las Naciones prolongue la vida del gobernante probo que ha sabido sacrificarse por el bien de sus conciudadanos, y derramado sus dones sobre nuestra amada patria, concediéndole las fuentes de todo progreso ¡¡¡PAZ Y LIBERTAD!!!" (p. 568).

Ante este subjetivismo, la historia que busca objetividad seguirá muriendo.

Bandala y Ocoy hablan del héroe, pero en forma más mesurada. Al referirse a Hidalgo, Bandala sólo dice, "... el anciano cura párroco del pueblo de Dolores. . ." (p. 37); Ocoy, poco o más expresivo, menciona, "... cura muy ilustrado, . . . cura del pueblo de Dolores y Padre de la Independencia. . ." (pp. 4-6). Con Morelos ambos autores simpatizan más: "... durante su prisión y su proceso mostró siempre gran entereza, jamás se quejó ni inculpó a

nadie, asumiendo él las responsabilidades de la situación y murió dando muestras de la fe en la causa que defendió. . .” (Bandala, p. 37). Ocoy, por su parte dice, “. . . entre todos estos campeones (insurgentes) se distinguió José María Morelos que nació en Valladolid, ciudad que posteriormente cambió su nombre por el de Morelia en honor de nuestro héroe. . .”, “. . . gloria de Morelos. . .”; “. . . el gran héroe de la independencia. . . el gran Morelos”. (pp. 10-16). Así, los autores manifiestan sus ideas de los personajes, haciendo descripciones discretas y no tan exaltativas como algunos otros autores.

En suma, en estos autores el llamado del Congreso Nacional de Instrucción a despertar sentimientos patrióticos, tiene una buena acogida, lo que hace que se dé, en el terreno de los textos, la exaltación de todo lo nacional y en ello el valor y el coraje de los héroes son elementos fundamentales para formar ideas de solidaridad nacional.

¿Una mirada ingenua?

En función de lo que hasta ahora hemos relatado parece claro que el tipo de historia escrita en esta etapa, no varía, en el fondo, de la tendencia mostrada en la primera etapa. Esto es, habrá intentos de narrar simplemente lo verdadero, pero también existirán autores para quienes la materia es un vehículo de formación de ideales y virtudes.

A excepción de Carlos Pereyra, quien intenta hacer una historia apegada a sucesos comprobables lográndolo en buena medida, los demás autores manifiestan aquella idea de Sierra de hacer de la historia un medio para exaltar el amor a la patria.³⁰ De

³⁰ Pereyra, al hablar del tipo de historia que escribe, dice: “. . . El autor no cree haber llegado a despojar sus juicios de todo carácter sectario; pero lo ha procurado. Sabe que la imparcialidad no sólo se logra con la exacta narración

ahí las descripciones que hemos citado y los llamados de algunos autores, quienes como García Cubas, tienen la siguiente idea de la materia:

“La historia constituye el libro más útil de enseñanza para los pueblos, porque al narrar los acontecimientos y al exponer las causas que los han producido, pone de manifiesto los errores y vicios que han arruinado a unas sociedades o las virtudes y hechos heroicos que han engrandecido a otras. . . aprovecháos de los buenos ejemplos y refrenad las malas pasiones, y así cada uno de vosotros será un útil ciudadano, pues por tal debe tenerse a aquel que sabe cumplir con sus deberes respecto de Dios, la patria y la familia” (pp. 3-4).

De nuevo, pues, hallamos historias valorativas, que utilizan las ideas de bien y mal, de errores y vicios o virtudes y hechos heroicos, pero ahora con una justificación bien clara: exaltar el amor a la patria. Aparece, entonces, una misma historia aunque con dos enfoques, por un lado la historia valorativa, subjetiva, admiradora de las gestas heroicas tendientes a hacer conciencia en el lector acerca de lo bueno y lo malo, y creadora de sentimientos patrios; por el otro, una historia en búsqueda de lo imparcial, de lo ya investigado. El peso de la primera corriente se impone en forma rotunda sobre la otra y con esto la historia como explicación sujeta a comprobación es casi sepultada por la historia de los héroes, los mitos y los dogmas.

Dicho de otra forma, no encontramos la recopilación del pasado escrita con el simple objetivo de leerla y revivir anécdotas del pasado que emocionan

de los hechos si no va seguida de la rectitud del juicio histórico, para lo cual es forzoso apartarse de la interpretación viciosa de los contemporáneos” (*Op. cit.* p. VI, t. 1).

tanto como una buena novela. Tampoco intentan los autores vestir su traje azul y su sirena y ponerse a buscar lo verdadero, denunciando al traidor y al mentiroso. Mucho menos se pretende hacer de la historia una ciencia que coadyuve al entendimiento humano en base al estudio riguroso, la investigación y la comprobación de las premisas; los autodenominados científicos están lejos de hacer ciencia en este caso. La intención de esta historia es otra: es despertar identidad en un pueblo, consolidar el sentimiento nacional en base al conocimiento del suelo, los héroes, el idioma y la cultura nacionales.

La materia es entonces, la maestra que obliga a sus niños a aprender de memoria la lección de aquellos hechos "horribles" como la intervención norteamericana del '47 o la intervención francesa y el efímero imperio de Maximiliano en nuestro país; sucesos que por ningún motivo se repetirían si formamos un Morelos o un Hidalgo en cada mexicano. No importa cómo trabaje esta maestra, si se apega al catecismo o a la ciencia, lo que importa es hacer memoria de lo heroico para emularlo, para formar en cada mexicano un niño héroe que impida el paso, aunque muera, de las tropas extranjeras.

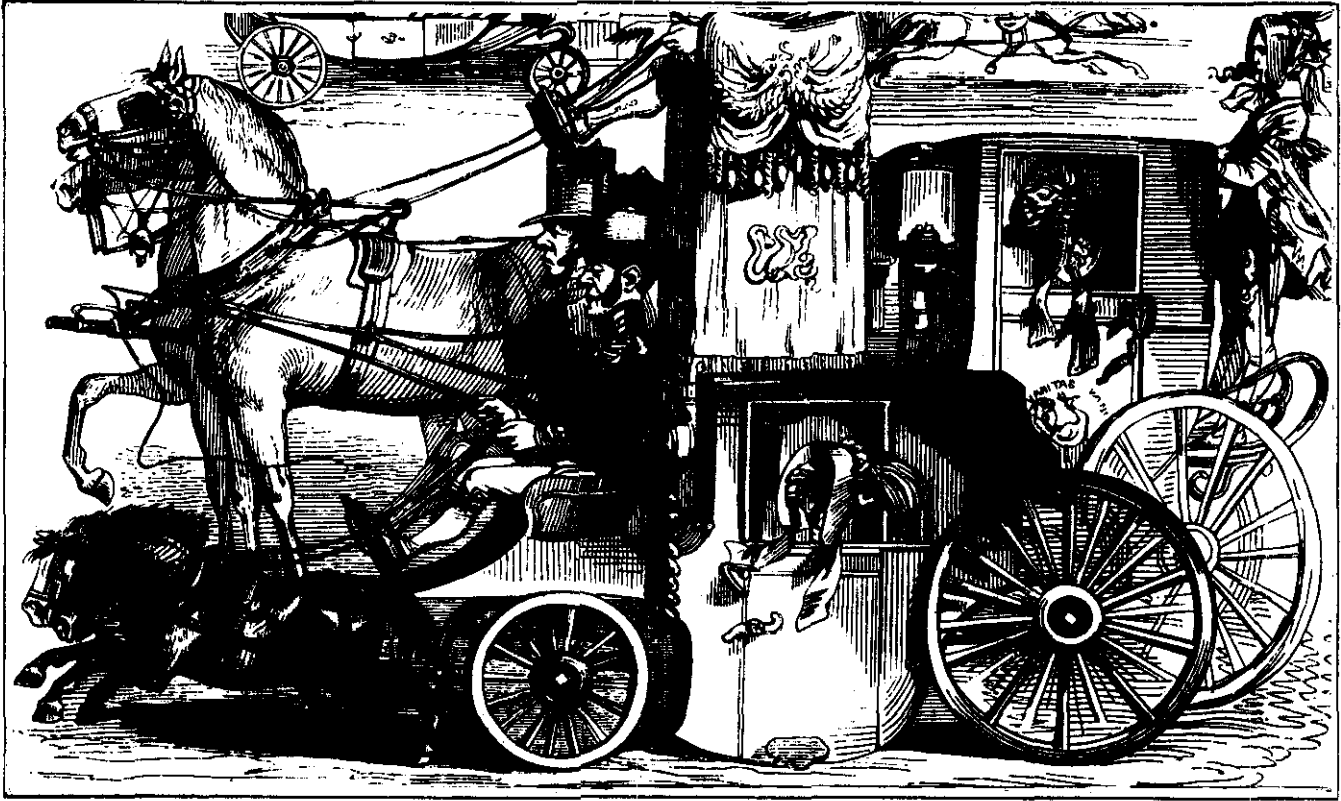
Los contenidos de esta historia estarán cargados de héroes y de hazañas, a diferencia de los autores de la primera etapa. De esta forma la historia moralista que encuentra en la patria y el héroe a sus protagonistas y que sostiene y legitima el orden del gobierno porfirista, será nuestra maestra de la infancia. Y justo es decirlo, a pesar de que no sea "comprobadora implacable", bastará con que haga mención del "gobernante probo" o del magnánimo caudillo, para entrar cada vez más en la historia anecdótica y fascinante y cada vez menos en la presunción científica.

III. Notas finales

A lo largo del trabajo hemos visto que en el porfirato la reconstrucción del pasado asume orientaciones políticas, en su mayor parte. Se hace memoria de lo que ocurrió no con el fin de presentar la verdad de los hechos, sino de justificar un orden presente o ciertas ideas y con esto la historia se convierte en un discurso del poder. Por ello la historia científica, si es que existe, queda arrumbada, derribada por el mito, por la hazaña y por el héroe.

Esta visión del quehacer histórico está directamente relacionada con el tipo de historia que se escribe. Es decir, no hay una sola historia, sino que el ejercicio de reconstruir el pasado depende de lo que cada autor percibe y expresa. Por esto tenemos como ya ha quedado establecido, historias críticas, literarias, patrioterías, etc. Dependerá entonces del tipo de historia que se escribe determinar sus contenidos y el tipo de reconstrucción que se hace. En el caso que ahora estudiamos nos hallamos, básicamente, con la historia "magistra vitae": la maestra que enseña, a través de ejemplos concretos, lo que puede ser un mexicano. Estos ejemplos son los héroes gloriosos: El Padre de la Patria, El Caudillo Michoacano, El Humilde Indio, El Héroe de la Paz, cuyas vidas han dado lustre a nuestra patria. Así se van construyendo los contenidos de esta historia, mismos que como ya anotamos, asumen dos etapas diferentes.

En la primera etapa, 1877 a 1889, no encontramos relación directa entre las teorías de educación científica y laica, y la práctica de historias valorativas y religiosas. Antes bien, lo que observamos es una educación valorativa basada en los juicios y



prejuicios de los autores y con muchos elementos religiosos.

Esta historia aparece, en forma global, plagada de buenas y malas acciones, manifestando, a su vez, un patriotismo tenue, casi oscuro, donde los héroes se pierden en el anonimato y sólo resplandece la religiosidad de los autores.

Aquí, quienes escriben la historia no necesitan favorecer al régimen —es la época en que Díaz aún no se hace dictador—, hay opiniones de liberales y conservadores y por ello en la historia no hay un

tema eje que distinga y caracterice a este grupo. Las obras son escritas por un sacerdote (Córdoba), un doctor (Buenrostro), un poeta (Rosas) y un autor anónimo. Y su enseñanza se basa en la memorización del alumno.

En la segunda etapa, 1889 a 1911, encontramos ya una relación directa entre teoría y práctica educativa. Además de uniformar la educación se pretende incorporar el cientificismo y el nacionalismo en la enseñanza y esto se manifiesta en la historia. La mayoría de las obras que analizamos atienden

el llamado de los Congresos Pedagógicos de enseñar historia a partir del estudio del héroe y con esto la materia se convierte en el Libro del Patriotismo. Libro que, por otra parte, pocas veces asumirá argumentaciones comprobables y en su mayor parte procurará congrega a los héroes en torno al fuego del narrador que apasionadamente cuenta historias del personaje recurriendo indistintamente al chisme, a la invención y al mito. Por lo anterior, si bien el nacionalismo se adopta en los textos, el cientificismo, al igual que en la primera etapa, aparece sólo fugazmente.

Con respecto al nacionalismo debemos aclarar que a nuestro entender éste se manifiesta como la exaltación del amor patrio y con esto creemos más adecuado hablar de patriotismo que de nacionalismo, sobre todo entendido este concepto como lo hacen algunos estudiosos del tema.³¹

La educación, en sus más altos niveles, estará guiada principalmente por Sierra y Baranda, quienes, a diferencia de los numerosos ministros de educación de la primera etapa, lograrán uniformar las ideas educativas. Además estamos ya en la época de dictadura de Díaz y por ello el Estado se encar-

³¹ Véase, Vázquez, Josefina. *Op. cit.* p. 7-19, donde aparecen las ideas de algunos estudiosos del concepto nación y nacionalismo.

gará de delimitar criterios para las obras educativas. Por tal motivo aquí ya no habrá obras de tan diversos contenidos como en la primera etapa; la historia se ha unificado en sus aspectos principales, convirtiéndose, de paso, en un buen aliado del régimen.

En este momento ya hay un grupo dominante de historiadores, formado por intelectuales de la Escuela Nacional Preparatoria como Sierra y Carlos Pereyra, y por algunos normalistas como Torres Quintero. Este grupo se encargará de dar una visión más homogénea de la historia, es decir, ya no habrá un conjunto tan variado de escritores como en la primera etapa en que aparecen lo mismo sacerdotes que poetas; ahora los historiadores se unifican y con ello la enseñanza de la historia presenta un tema eje en la descripción de los héroes como formadores de la Patria.

Asimismo al establecerse la dictadura de Díaz, la plena libertad de expresión de que se gozaba con Juárez, es reducida en gran parte y lo que tenemos ahora son obras que alaban al sistema, sin crítica alguna, a Díaz y a los héroes. Es decir, como lo establecía Zweig, no hay ninguna mirada ingenua; el interés de la patria será el protagonista y si se concluye que Díaz era quien mejor representaba este interés el resultado podría ser la publicación de un nuevo texto de historia escrito para escuelas primarias. 